SOBRE EL AMOR

# I.- URBANIDAD, MORAL Y AMOR

Escribe Kant: "El amor es una cuestión de *sentimiento* y no de *voluntad*, y no puedo amar porque yo *quiera* y mucho menos porque *deba* (estar obligado a amar); de esto se deduce que el *deber de amar* es un absurdo".

Es decir, no es algo que el sujeto pueda decidir libremente, ni algo que se le pueda obligar a cumplir (¿Qué madre alimenta a su hijo *por deber*?). No se ama porque se deba ni tampoco porque se quiera, el amor no se impone ni se elige, no es asunto de obligación ni de libertad.

Ahora bien, la obligación y la libertad son complementarias y no excluyentes, son solidarias la una con la otra. Cuanto más generoso se es (libremente), menos aparece la generosidad como un deber o como una obligación. Si todos fuéramos virtuosos voluntaria y libremente, no habría necesidad de obligarnos a actuar correctamente. Las obligaciones están para educar, modelar o forzar la voluntad a querer lo que está bien, pero esto es sólo el comienzo, porque conforme se va fortaleciendo esa voluntad libre, menor es la importancia que tiene la obligación.

Un manual de urbanidad es un conjunto de preceptos relativos a la cortesía, el buen trato y los buenos modales, una guía para comportarse educadamente en sociedad. Es una *apariencia* de moral: *actuar educadamente es actuar como si fuéramos virtuosos*. No hay otra forma de aprender a ser virtuosos más que practicando y entrenándose, llevando a cabo actos aparentemente virtuosos, aunque al principio sea mecánicamente y por imposición. La formación de un sentido moral comienza imitando la urbanidad, pero acaba liberándose de ella. Porque a medida que va madurando la capacidad de decisión del sujeto (su voluntad, su libertad) su actuación deja de estar guiada por la urbanidad y pasa a estarlo cada vez más por la moral. La obligación que dirige la acción no es ya externa, sino interna. Lo hago no porque esté mandado desde fuera, sino porque creo que debo hacerlo, porque tengo el convencimiento íntimo de que es lo correcto. La moral nos libera de la urbanidad porque puede prescindir de ella, porque ya no la necesita para nada. Quien es virtuoso no tiene por qué preocuparse de actuar “como si lo fuera”.

Lo que decimos de la moral respecto a la urbanidad, lo decimos también del amor respecto a la moral. Si la urbanidad es una apariencia de moral, la moral es asimismo una apariencia de amor: actuar moralmente es actuar como si se amara. Así como la moral supera la urbanidad, el amor supera la moral; y así como decíamos que quien tiene una conciencia moral no tiene por qué preocuparse de la urbanidad (ya la tiene interiorizada), así quien ama no tiene que preocuparse de lo que le dicta su conciencia moral . Es el espíritu de los evangelios: “Ama y haz lo que quieras” (san Agustín). La moral nace de la urbanidad y tiende al amor . Si sólo necesitamos la urbanidad cuando falta la moral, sólo necesitamos ésta cuando falta el amor.

# II.- IMPULSO UNITIVO

El amor es múltiple, como innumerables son sus objetos (se puede amar el dinero o el poder, pero también al hombre o la mujer de quien se está enamorado, a los padres, hijos o amigos, o simplemente a cualquiera que esté ahí). El empleo de la misma palabra para nombrar amores tan diferentes es fuente de confusiones. ¿Sabemos de qué hablamos cuando hablamos de amor? Bien, las palabras sirven para precisar, y así podemos hablar de amistad, pasión, ternura, afecto, adhesión, inclinación, simpatía, predilección, cariño, adoración, caridad, concupiscencia..., todo ello son formas de amor.

Si tuviéramos que identificar un esquema común a las diversas formas que justificara el significado general de la palabra amor, bien podría ser éste: la aparición de algo o alguien despierta en el espectador un sentimiento de agrado, interés, armonía, deleite, que se continúa con un movimiento de atracción y deseo. El amor aparece cuando el objeto estimado despierta el deseo, y el deseo se empeña en alcanzar su objeto. No es otra cosa que el deseo de estar unido al objeto amado. Este impulso unitivo es un rasgo característico del amor, el que hace que muchos humanos, al estar enamorados, sientan un deseo muy especial: el de vivir juntos, el de adoptar un proyecto de vida compartido (“El primer momento en el amor –escribió Hegel- es cuando yo siento que no quiero ser una persona independiente”). Este deseo de fusión o unión con lo que amamos se refleja en muchas palabras y expresiones relacionadas con el léxico amoroso. La misma palabra “amor” procede de la raíz *amma-*, que significa madre, de modo que etimológicamente el amor es maternal, se refiere a la unión más intensa que puede concebirse, la que se da entre la madre y su criatura. Este es el amor básico. De la misma raíz procede también la palabra “amistad”, también una conexión especialmente fuerte entre personas. La palabra “querer” procede de *quaerere*, “buscar” (lo que queremos lo vamos a buscar para unirnos a ello). La palabra “apego”, que es lo que sentimos hacia lo que amamos, procede de *pez*, una sustancia para unir cosas. Decimos que los amantes son “uña y carne”, y en el campo semántico del amor figura una gran variedad de ayuntamientos y cópulas (desde la unión mística, integración del alma y Dios, hasta el ligue, que es una relación amorosa superficial y no comprometida). “Coito” deriva de *co-ire*, “ir juntos”. Y “amartelados” van los que van muy amarraditos.

# III.- TRES AMORES

Ahora bien, este “impulso unitivo” define de manera muy general el deseo amoroso. Hemos enunciado que el amor es múltiple: hay tantos tipos de amor como tipos de objetos amorosos y tipos de deseos. Es necesario precisar más para conocerlo mejor. Los griegos establecieron un análisis del fenómeno amoroso que no ha sido superado. Se sirvieron fundamentalmente de tres palabras para distinguir tres amores diferentes, tres formas de amar, tres tipos o tres grados de amor: *éros*, *philía*, *agapè*.

## ÉROS

Sin duda existen muchos amores, pero el amor erótico es el más fuerte, el más intenso y violento (el amor de los padres a los hijos es, en algunos casos, todavía más fuerte, pero también más calmado), el más rico en sufrimientos, fracasos, ilusiones y desilusiones. Su nombre es Éros. Aunque por metáfora puede también referirse a cosas, cuando se refiere a personas su concepción es sexual, se refiere a la pasión erótica. En griego es imposible usar los verbos eróticos para los padres, los hijos o los amigos. Su manifestación más clara es la pasión amorosa. Según Platón, la carencia es su esencia (“lo que no tenemos, lo que no somos, lo que nos falta, he aquí los objetos del deseo y del amor”, dice Platón). Quien dice carencia, dice sufrimiento y posesividad. Es el *amor de concupiscencia* de los escolásticos, y también el *mal de amores* de los trovadores. El éros, en cualquier caso, se presenta como “locura”, es una fuerza irracional, euforizante, oscura y misteriosa, que se apodera, trastorna y esclaviza al amante. Conocemos testimonios escritos de esta pasión que se remontan a los comienzos de la lírica. Así habla de ella Safo, la gran poeta jónica: “Otra vez Éros, que desata los miembros me hacía estremecerme, esa bestezuela amarga y dulce, contra la que no hay quien se defienda”. Aunque puede aparecer de manera sosegada y paulatina, es frecuente que se presente de sopetón, con la brusquedad de una caída o de una explosión (*fall in love, tomber amoureux, coup de foudre*). Te fulmina como un rayo, pero no te aniquila, sino que te transforma. En cualquier caso, se confirma lo que decía Kant, que no se elige, sino que nos ocurre. Podemos leer en *Rayuela* de Julio Cortázar, uno de los grandes de la narrativa latinoamericana y mundial del s. XX:

“Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque la aman, yo creo que es al vesre. A Beatriz [la protagonista de la V*ita Nuova* de Dante, del XIV] no se la elige, a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto”.

La pasión “es lo que nos sucede”, y puede ser tan fuerte, tan arrebatadora, como para hacer inútil cualquier intento de resistirla. Indica en todo caso preponderancia del destino sobre la persona libre y responsable. De ahí su carácter de *fatalidad*, que muchas veces permite ser utilizada como coartada para los desgraciados amantes (“fijaos que en eso yo no cuento para nada, fijaos en cómo es más fuerte que yo”).

De todas formas, decíamos, su aparición puede ser también más sosegada, como indica el verbo *enamorarse*, que designa el proceso que lleva hacia el amor. El verbo *enamorar* se conjuga en las voces activa y media. Enamorar a alguien es despertar amor en esa persona, y “enamorarse” de alguien es empezar a sentir amor por esa persona. La expresión “hacer el amor” significaba originalmente en español hablar, cortejar, galantear, hablarse mutuamente de amores (“Hízele el amor, mostróse arisca, dádivas ablandan peñas; cuanto más la regalé, tanto más iva mostrándoseme blanda, hasta venir en todo mi deseo”, Mateo Alemán). El efecto euforizante que produce se traduce en una mayor facundia y locuacidad. “El amor es el más charlatán de todos los sentimientos” (Musil) Tal vez por eso, según los psicólogos matrimoniales, el mutismo, la desidia expresiva, es uno de los síntomas de la evaporación del amor. ¿Por qué hablan más los enamorados? Seguramente porque lo que los humanos llaman enamoramiento produce un avivamiento de la realidad, que se vuelve más interesante. Es la exaltación y el entusiasmo de la pasión que viven lo que les impulsa a hablar.Y porque los enamorados disfrutan comunicándose, “manteniéndose en relación”. Y esto lo hace el habla con independencia de lo que se está diciendo. El habla enamorada es más comunicativa que informativa, por eso desde fuera parece muchas veces como vacía y hasta ridícula.

 El primero en pensar a fondo este fenómeno fue Platón, en su diálogo “El Banquete”. La doctrina que defiende Sócrates aparece en confrontación con la mantenida por Aristófanes. La idea de amor (Éros) de éste puede ser resumida como el “sueño de la fusión”. Veamos por qué.

 Discuten ambos sobre lo que es Éros a partir del “mito de los andróginos”. Según este mito, antaño nuestros antepasados eran dobles si los comparamos con nosotros, pero poseían una unidad de la que ahora carecemos si lo vemos desde su punto de vista (un todo de forma esférica, cuatro manos, cuatro piernas, dos rostros iguales, sobre un cuello redondo y una sola cabeza para el conjunto de estos dos rostros, cuatro orejas, dos órganos reproductores) . Debido a la dualidad genital, en aquel tiempo inmemorial no había dos géneros, sino tres: los varones, que tenían dos sexos de hombre; las féminas, con dos sexos de mujer, y los andróginos, que poseían un sexo de cada. Todos ellos poseían una valentía y una fuerza tan excepcionales, que intentaron escalar al cielo para luchar contra los dioses. Zeus, para castigarlos, decidió cortarlos en dos, de arriba abajo. Esto significó el fin de la plenitud, de la unidad, de la felicidad. Desde entonces cada individuo no tiene más remedio que buscar su mitad. Esta búsqueda define el deseo amoroso. El amor se consuma cuando se realiza esta fusión (“reunirse y fundirse con el objeto amado, y ser sólo uno en lugar de dos”), una experiencia de plenitud que proporciona la mayor felicidad que puede alcanzarse en esta vida. Sólo el amor, dice Aristófanes en el diálogo de Platón, “recompone la antigua naturaleza humana, esforzándose en fundir dos seres en uno solo y en sanar la naturaleza humana[este amor será homosexual o heterosexual dependiendo de si la unidad perdida era totalmente hombre o mujer (homosexualidad masculina o femenina) o bien andrógino (heterosexual)].

Pero, preguntémonos, ¿describe ese amor-fusión el amor real o sólo el amor soñado? ¿Dos seres que son uno? Tal vez eso es lo que se busca, pero jamás se encuentra; o quizá cree encontrarse para enseguida perderse. Lucrecio ha expresado magníficamente, al describir el comportamiento de los amantes, la insatisfacción y frustración inherentes a ese deseo:

“Presionan ávidamente el cuerpo de su amante, mezclan su saliva con la de él o ella, respiran su aliento, muerden con sus dientes la boca de él o la de ella: vanos esfuerzos, puesto que no pueden usurpar nada del cuerpo que besan, sólo penetrar en él y fundirse totalmente con él. Porque en algunos momentos eso es lo que parecen querer hacer”

 Es lo que “parecen querer hacer”, pero son “vanos esfuerzos”. Para fusionarse dos en uno es necesario que cada uno pierda su individualidad, y eso, lejos de perderse, se acentúa en la experiencia amorosa al dejar al descubierto la imposibilidad de disolver el yo. Frente al “sueño de la fusión” de la interpretación de Aristófanes, Sócrates impone la “experiencia de la carencia”. Todo amor, según Sócrates (Platón) es amor a algo que deseamos y que nos falta. Al contrario de lo que piensa Aristófanes, el amor no es plenitud, sino carencia. No es fusión, sino búsqueda de lo que nos falta. Sólo hay deseo si la carencia es percibida y vivida como tal. Y sólo hay amor si el deseo, en sí mismo indeterminado (como el hambre que no desea ningún alimento en particular), se polariza sobre un objeto determinado[desear a una mujer, no importa cuál, es una cosa (es un deseo); desear a esta mujer es otra cosa (es amor)]. Eso es Éros: es el deseo determinado de un cierto objeto, en la medida en que nos falta de una manera especial. Al ser el amor carencia, la plenitud (la satisfacción colmada, la felicidad) está excluida. Si se posee lo que se desea, desaparece el deseo. Por definición el amor es insaciable, siempre preocupado por lo que ama, siempre echando de menos a su objeto, y ¿cómo se va a echar de menos lo que se posee?. La pasión amorosa, la que enloquece y desgarra, la que exalta y aprisiona, sólo puede vivirse como carencia. ¿Cómo colmarlo entonces, sin hacerlo desaparecer? La posesión, la satisfacción del deseo, la fusión soñada por Aristófanes, mata el deseo amoroso y abre la puerta al aburrimiento y a la frustración, y si hay algo incompatible con la pasión es el aburrimiento. No es la presencia, sino la ausencia del amado lo que hace arder la pasión amorosa. En la novela de Proust, *En busca del tiempo perdido*, el amante de Albertina se aburre cuando está con ella, sueña con otra cosa que echa de menos (“comparaba –escribe Proust- la mediocridad de los placeres que me daba Albertina con la riqueza de los deseos que ella me privaba de realizar”). Pero he aquí que ella parte: entonces la pasión renace instantáneamente en la carencia y en el sufrimiento.

 De lo anterior parece deducirse que no puede existir el amor feliz. No hay amor (éros) dichoso, plenamente satisfecho. “Post coitum omne animal triste”, dice un viejo adagio latino. A la satisfacción del placer amoroso le sigue una amargura que se apodera del amante. Éste vuelve a sí mismo, a su soledad, a ese gran vacío que el deseo, cuando desaparece, deja en su interior. ¿Qué revela esa tristeza sino la frustración de esa fusión perseguida y nunca plenamente alcanzada, el recordatorio de que la soledad es nuestra suerte y nuestro destino? Rilke, un poeta de lengua alemana, destacó también el carácter individual, incluso solitario, de la experiencia amorosa, al definir el amor como dos soledades compartidas. Es también revelador en este sentido que el vocabulario erótico griego sólo se aplique al sujeto del amor, al amante. Al objeto del amor se le aplica como mucho, un verbo (*anteráo),* que es algo así como “responder al amor”. El objeto de la relación amorosa no tiene por qué estar enamorado (simplemente despierta involuntariamente el amor de alguien. Un personaje de una novela de Coetzee afirma: “si ama profundamente, no necesita que le correspondan”). Otro indicio de que el amor está centrado en el amante y no en la fusión entre éste y el amado, lo encontramos en la voz verbal *enamorarse.* Se trata de lo que los gramáticos llaman "voz media". Comparemos “M enamoró a C” y “M se enamoró”. ¿Qué quiere decir esta última? ¿Qué M enamoró a M? Pues algo así. La voz media recluye la acción en el sujeto, e intensifica su presencia en la acción. “Mañana voy a la sierra” y “mañana me voy a la sierra” significan lo mismo, pero la segunda enfatiza la decisión, el protagonismo, la intencionalidad del sujeto. Por lo mismo, al enamorarse, el sujeto no pasa sin más al objeto amado, sino que se siente alterado en sí mismo, consciente y clausurado en su amor.

 Quien está poseído por Éros pretende fundirse con otro, pero sólo encuentra soledad. También pretende que esa fuerza dure siempre, pero, como ocurre con todas las pasiones, éros es efímero. “Forma parte de la esencia del amor el pretender amar para siempre, pero forma parte de su realidad el amar sólo durante un tiempo” (Clément Rosset). El amor será eterno... pero sólo mientras dura.

## PHILÍA

Si Éros sólo vive de la carencia no puede sentirse nunca satisfecho. Si sólo se desea lo que no se tiene, nunca se tiene lo que se desea, y por eso nunca se estará feliz o satisfecho... “Qué feliz sería, si fuera feliz”, dice Woody Allen. Pero el amor no es siempre falta: a veces también amamos lo que no nos falta, amamos lo que tenemos, lo que hacemos, lo que hay. Y lo gozamos con alegría, y queremos protegerlo. Es lo que los griegos denominaban *philía*, que teorizó en profundidad el otro gran gigante de la filosofía antigua, Aristóteles. Amar, para este autor, es alegrarse y querer el bien de aquel a quien se ama. El amor es gozoso, no desgraciado, es alegría, satisfacción, dicha. Es un amor que se comparte, como el que se vive como amor conyugal o como amistad, basado en el cariño, en la benevolencia, en la ternura. Precisamente, la diferencia antigua entre “éros” y “philía” será entendida por los filósofos medievales como “amor de concupiscencia” (o codicia) y “amor de benevolencia” (o amistad). El primero es necesariamente egoísta y posesivo: es amar a otro por el bien de uno mismo. El amor de benevolencia, por el contrario, es un amor generoso: es amar a otro por el bien de él. “Amor-pasión” y “amor-amistad”. En la amistad no hay, como sí en éros, angustia ni sufrimiento, amamos a los amigos que tenemos tal y como son, y nos alegramos de estar juntos, y compartimos la alegría de estar juntos. “Amar es regocijarse”, dice Aristóteles, y esto, que no sería verdad en el caso de éros, es suficiente para distinguir los dos tipos de amores. Además, podemos concretar algunas diferencias entre éros y philía. El primero se considera breve; es una pasión, por tanto será necesariamente pasajera. La amistad, la philía, será larga y duradera. Aristóteles decía que no se puede tener muchos amigos porque lleva mucho tiempo llegar a la amistad y mantenerla, porque exige comunicación, cercanía, dedicación. Además, la amistad está basada en una reciprocidad de la que carece, como veíamos, el éros.

En principio, la amistad se da entre iguales. Los griegos decían *philótes-isótes*, “amistad-igualdad”. No puede haber philía a las cosas inanimadas, ni a los animales ni a los dioses, pues sólo hay amistad cuando se es correspondido. El amor suele buscar reciprocidad. Amar es querer ser amado. Posiblemente la institucionalización del amor intente asegurar, mediante la promesa o un acto de confianza, ese sentimiento. Los amantes se convierten en “prometidos”, novios que han acordado casarse (“fiancée”, los que se han dado la fe, los que se han com-prometido). Sin embargo esta exigencia de reciprocidad tampoco es una condición absoluta para la amistad, como demuestra el ejemplo de las madres, que aman a su hijo recién nacido sin ser amadas por él. Sin embargo también ellas aman con *philía*. Aunque el ejemplo paradigmático de philía es el amor entre amigos (la amistad), también hay philía en el amor paternal, fraternal o filial. Y, por supuesto en el amor conyugal, el amor entre marido y mujer. En definitiva, la philía es el amor que se desarrolla entre humanos, sean cuales sean las formas que adopte, desde el momento en que no se reduce a la carencia, a la pasión, al afán de posesividad(al éros), sino que es sobre todo alegría causada por la compañía de otro al que se le quiere el bien[[1]](#footnote-1). El amante no desea poseer al amado como posee una cosa; ésa sería una versión brutal de la posesión como consumación material de cualquier deseo, versión a la que éros no es nunca del todo ajeno. No quiere tampoco un sometimiento total de autómata, sino que reclama un tipo especial de apropiación: quiere poseer una libertad como libertad. Si el amor se redujera a afán de posesión estaría irremisiblemente condenado al fracaso, pues nunca se puede poseer por completo una conciencia ajena:

*“Hermoso es el reino del amor*

*pero triste también.*

*Porque el corazón del amante*

*triste es en las horas de soledad*

*cuando a su lado mira los ojos queridos*

*que inaccesibles se posan en las nubes ligeras” (Vicente Aleixandre)*

Si bien diferentes, éros y philía no tienen por qué considerarse incompatibles, nada prohíbe que puedan converger o ir a la par, como así podría atestiguarlo el amor conyugal en cuanto pretende integrar ambos. Está claro que en la práctica estos dos sentimientos se mezclan y se complementan con frecuencia. Es más, el amor de philía se concibe muchas veces, ya desde la antigüedad, como un derivado de éros (“no hay amante que no tenga cariño”, dice un verso de Eurípides en “Las Troyanas”). También la experiencia ordinaria nos muestra que la “benevolencia” y la “codicia” se mezclan en nuestros sentimientos amorosos: buscamos el bien de los otros sin desatender nuestros propios bienes o intereses. Somos amigos de nuestros amigos, pero también de nosotros mismos, pues cada uno se desea el bien para sí mismo. Por otra parte, no es nada raro amar de una forma apasionada y al mismo tiempo alegre; incluso se puede decir que es el destino cotidiano de las parejas...sobre todo cuando comienzan. “Claro que la pasión puede ser feliz”, podríamos objetar a quien pretende reducir el amor a éros, a ausencia y sufrimiento. Precisamente la pasión feliz es la primavera de las parejas, su juventud, esa alegría ávida de los enamorados que se besan en los bancos públicos, como decía Brassens. Esta pasión inicial no puede mantenerse intacta con el tiempo, claro está, pero sin duda hay muchas parejas que siguen amándose después de su etapa de enamoramiento: han sabido transformar la gran locura amorosa de sus comienzos en alegría, en dulzura, en gratitud, en confianza, en felicidad de estar juntos; en resumen, en philía.¿Qué amantes, si son felices juntos, no se hacen amigos? La ternura, la fidelidad, la intimidad, la complicidad y el conocimiento mutuo de los cuerpos y las almas, son otras tantas dimensiones de su amor. Han pasado del amor-pasión al amor de pareja. No está claro que ese tránsito suponga una pérdida, un empequeñecimiento o empobrecimiento. Más bien, parece una profundización y enriquecimiento de la vida afectiva. Desde luego es una conquista de un amor más estable y duradero porque Éros se desgasta a medida que se ve satisfecho, o mejor dicho, sólo renace para morir de nuevo, para después renacer y otra vez morir, en tanto que Philía, por el contrario, en una pareja feliz, no cesa de reforzarse, profundizarse y desarrollarse. También es más difícil porque ¿existe algo más fácil que la pasión y existe algo más difícil que la pareja? Estar enamorado está al alcance de cualquiera. Amar, no. “Estar enamorado es un estado; amar, un acto” (Denis de Rougemont). Ahora bien, el acto, al menos en parte, depende de nosotros, pero un estado, no. Y esta es otra diferencia entre ambos: la philía es amor-acción pues supone una elección asumida, una decisión de profundizar y cultivar una vida compartida; mientras que el eros es amor-pasión: el sujeto *padece* el imperativo del deseo, pero no lo dirige. Decíamos antes que en la philía hay una suerte de compromiso personal que no se da en éros. Pero, ¿qué prometen los novios al comprometerse? Prometer que se va a seguir enamorado es una contradicción de términos. Es igual que prometer que se tendrá siempre fiebre o que siempre se estará loco. Todo amor que se compromete, en lo que sea, debe comprometer algo más que la pasión. Matizamos así la afirmación inicial de Kant según la cual el amor es ajeno a la voluntad. Esto puede valer para éros, pero para que aparezca philía es necesaria la voluntad de pofundizar y desarrollar una relación de confianza.

Sin duda la relación amorosa de pareja es el escenario privilegiado donde éros y philía se mezclan más intensamente. Pero la diferencia, que la mezcla supone y confirma, sigue subsistiendo entre ellos. ¿Pero hay alguna relación lógica o cronológica entre ellos? Sin duda éros es lo primero. El amor carnal, el deseo, la pulsión, la animalidad es lo primero. El cuerpo es el punto de partida obligado porque al principio sólo hay eso: un cuerpo vivo y ávido, un cuerpo egoísta que sólo desea poseer. Pero después uno aprende poco a poco (en la familia, en la pareja) a amar al otro también por él mismo, lo cual significa alegría, amistad, benevolencia. Del amor posesivo, que sólo toma, pasa al amor que da, de la carencia a la benevolencia. Hay pues, en el paso de éros a philía, un descentramiento del yo, una liberación del egocentrismo. Éros dice: “siento que amo a una persona porque me falta, la necesito, quiero poseerla”. Sin embargo, el criterio de philía es: “siento que amo a una persona por la alegría que experimento cuando está presente”. En éros es el amante el que busca su propio beneficio, mientras que ahora es el objeto amoroso el beneficiado (“amar es querer el bien para alguien”, Aristóteles). Marcan pues dos direcciones distintas: una centrada en el amante, sólo desde el cual aparece el objeto amado como valioso; y otra centrada en el amado, que se destaca, ya de entrada, con autonomía y en cuya compañía o unión causa alegría y dicha al amante.

Volvamos al principio. Decíamos con Kant que el amor no se imponía. Y, a continuación, afirmábamos la excelencia del amor al compararlo con la moralidad y la urbanidad. Es una excelencia porque sobrepasa e incluye las virtudes morales, porque éstas aparecen espontáneamente cuando el amor está presente. La generosidad, el valor o la misericordia son virtudes valiosas con o sin amor, pero son mucho más necesarias como virtudes cuando el amor falta, porque cuando hay amor estas virtudes surgen por añadidura: la madre que da a su hijo todo lo que posee no es generosa, o no tiene necesidad de serlo. Ama a su hijo más que a sí misma. La madre que se dejaría matar por su hijo no es valiente, o sólo lo es por añadidura: ama a su hijo más que a sí misma. La madre que perdona todo a su hijo no es misericordiosa, sino que ama a su hijo más que la justicia o el bien. Pero el amor tiene siempre un alcance limitado y excluyente, centrado siempre en uno mismo. ¿Por qué, por ejemplo, amamos tanto a nuestros hijos y tan poco, por comparación, a los de los demás? Sin duda debe ser porque son nuestros y nos amamos a través de ellos. El amor a uno mismo es lo primero, en eso están de acuerdo los sabios y los ignorantes. Está claro que el amor concentra, focaliza el objeto amado, y deja a oscuras y excluye lo demás[[2]](#footnote-2). El amor es de inicio egoísta, por eso éros es el principio. La amistad no quebranta ese egoísmo o egocentrismo (narcisismo) natural del amor. También es el amor que nos tenemos a nosotros mismos lo que nos hace amar a nuestros amigos. El éros se proyecta, se extiende y se refracta como philía sobre los próximos, sobre nuestros amigos. Pero por lo mismo que amamos a nuestros amigos, dejamos en la sombra, dejamos fuera del alcance de nuestro amor, a aquellos que nos resultan indiferentes, y no hablemos ya de nuestros enemigos. Es decir, salvo yo y mis amigos, todo el planeta. Precisamente porque nuestro amor es egoísta y limitado, porque sólo somos capaces de amar de verdad a un muy reducido grupo de personas es por lo que son necesarias la moral y la ley.

## AGAPÈ

Hay un amor que excede en mucho las capacidades de éros y de philía, un amor sublime y casi imposible: el amor que encarna el espíritu de Jesucristo y que se expresa en los evangelios. “Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen” (Mateo). Los evangelistas son conscientes de la novedad radical y la dificultad extrema de ese amor que ama incluso a los enemigos, este amor universal y desinteresado. Amar aquello de lo que se carece, el amor que desea, toma y posee, está al alcance de cualquiera. Amar a nuestros amigos, devolver amor a aquellos que ya nos aman, compartir con ellos la alegría de estar juntos, es también accesible. En realidad, estos son amores que no tienen mayor mérito: “si hacéis bien a quienes os lo hacen, ¿qué gracia tendréis? También los pecadores hacen lo mismo...Pero amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperanza de remuneración, y será grande vuestra recompensa. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lucas, 7, 33ss)[[3]](#footnote-3). El amor al prójimo que predica el cristianismo es el amor a aquel que no nos falta ni nos hace el bien (del que no se está enamorado ni se tiene como amigo), pero que está ahí, eso es todo, y a quien hay que amar sin pedir nada a cambio, a quien hay que amar por nada, o más bien por sí mismo, sea quien sea, valga lo que valga, haga lo que haga, y aunque sea nuestro enemigo... Es el amor según Jesucristo y el secreto de la santidad, si ésta es posible. En español el nombre que recibe normalmente este amor es *caridad*, pero la palabra se halla pervertida por su carga limosnera y condescendiente (“El gesto de miserocordia limosnera que consiste en repartir entre los que no tienen nada las migajas que caen a veces de la mesa de los poderosos”), por lo que es preferible remontarse a un vocablo griego que revitalizó el Nuevo Testamento: *agapè* , un término que no resulta del todo extraño a la tradición griega, si bien en ésta se hablaba más bien de *philanthropia* o de *philoxénia*: el amor a la humanidad, el amor al desconocido. Define la manera de amar de Dios (“Dios es amor”, agapè, leemos en el Evangelio de san Juan), y se nos invita a amar como ama Él: “Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial” (Mateo, 5; 48). ¿Y cómo se supone que ama Dios, si es que existe? Para los cristianos, el amor de Dios a los hombres, encarnado en la figura de Cristo, es totalmente desinteresado, gratuito, libre. Dios no tiene nada que ganar, puesto que no carece de nada. Dios no ama eróticamente. Y tampoco su amor puede ser de amistad pues este amor fortalece y regocija, y Dios no tiene nada que ganar pues es infinito y perfecto. No puede existir más, ser más, como lo llegamos a ser a través de los amigos. La novedad principal del cristianismo consiste en advertir cómo un ser así, perfecto y todopoderoso, renuncia a su poder, renuncia a ser todo y se autolimita, y todo para que nosotros seamos, llega a crucificarse por nosotros, y sin otro motivo que un amor sin motivo, sin otro motivo que el amor. Este amor –agapè- es lo primero. Además de ser espontáneo y sin motivo, es también creador, pues genera todo lo que consideramos valioso. “No deseamos una cosa porque sea buena, explica Spinoza, sino que la consideramos buena porque la deseamos”. Lo cual vale también para el amor: no amamos a las personas porque sean amables, sino que, en la medida en que las amemos, serán para nosotros amables Este es el poder transformador del amor, su fuerza creadora de valores, una potencia que convierte en joyas y tesoros todo lo que amamos. El agapè es ese amor que no espera a ser merecido, ese amor primero, espontáneo y gratuito, abnegado y desinteresado. Puede parecer desde luego misterioso. ¿Es posible amar al prójimo como a uno mismo? Seguramente que no, pero indica una dirección. En la philía la dirección indicada era la de la potencia de la vida, la de la alegría. En el agapè, sin embargo, parece como si el ser humano tuviera que renunciar a sí mismo para dejar existir a otro (Del mismo modo que Dios renuncia a serlo todo en la creación, “nosotros debemos renunciar a ser algo”)

Evidentemente, se trata de otro tipo de amor, pues no se puede amar a la humanidad como se ama a una persona concreta o a un grupo de amigos. Es una variante poco sentimental del amor y está más cerca de la compasión que de los amores gratificantes. Es todo lo contrario de un amor egocéntrico (“Amar es encontrar la propia riqueza fuera de uno mismo”, Alain) un amor que no reafirma el ego, sino que se libera de él. En eso se distingue de éros, siempre ávido, siempre egoísta, siempre motivado por lo que le falta. Y también se distingue de philía, que nunca es completamente desinteresada (puesto que el interés de mis amigos es mi interés). El agapè, en cambio, es un amor de renuncia en el que el sujeto limita su propio poder y su propia gratificación para así dirigirlo espontánea y gratuitamente a todos los hombres sin excepción, y muy especialmente a los débiles, a los pobres, a los desvalidos, a los que sufren, y sin otro motivo e interés que el de aliviar su desdicha. Renuncia a afirmar su propia fuerza para así hacer más fuertes a otros. Encontramos escrito en el diario íntimo de Pavese. “Serás amado el día en que puedas mostrar tu debilidad sin que el otro se sirva de ella para afirmar su fuerza”. Es el amor liberado de todo egoísmo, del afán de posesividad, de la “prisión del yo”, presentes en mayor y menor medida en el éros y la philía, respectivamente. Se reduce la presencia del yo pero aumenta sobremanera su alcance, pues agapè tiene como objeto a la totalidad de las personas, por tanto también a los enemigos o los indiferentes. Es una fuerza que introduce en las relaciones humanas un horizonte de universalidad, acorde con los sentimientos de justicia y compasión (“Amar a un desconocido como a nosotros mismos implica como contrapartida que nos amemos a nosotros mismos como a unos desconocidos”, Simone Weil)

San Pablo es quizá quien mejor ha descrito este sentimiento amoroso: “La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interes; no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad.Todo lo excusa.Todo lo cree.Todo lo espera.Todo lo soporta” ( *Epístola a los gálatas*,V,14).

Éros, philía, agapè: el amor que falta o que toma; el amor que se alegra y comparte; el amor que acoge y da a los desconocidos. Si hemos distinguido entre estos tres tipos o tres grados de amor es para comprender que los tres están relacionados, que no son excluyentes y que puede haber un proceso que lleva del uno al otro. Resulta tentador pensar en una especie de “evolución de la experiencia amorosa” que arrancaría con Éros, pues no hay amor sin algún tipo de deseo, y acabaría en Agapè (el amor pleno y universal) pasando por Philía, que indicaría el camino, pues con philía comienza el descentramiento del yo para hacerse partícipe de la alegría del otro. La línea que va de éros a agapè marca el recorrido que sigue una conciencia al liberarse de la angustia que le produce la insatisfacción del deseo (pues el sueño de la fusión es solo eso, un sueño) y, abandonado su aislamiento egocéntrico, se abre a la experiencia de hacer el bien a otros cercanos, cuya compañía le alegra y le hace feliz. Para, finalmente, extender este impulso hasta el amor completamente desinteresado al prójimo, al desconocido, al necesitado.

1. Aristóteles y Tomás de Aquino: “amar es querer el bien de alguien” . Spinoza: “el amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior” [↑](#footnote-ref-1)
2. Hay en el amor un interés desmesurado por el objeto amoroso: “le tiene sorbido el seso”. Es un fenómeno de “fascinación”, según Sartre: “no hay nada más que un objeto gigante en un mundo desierto”. La condición para que haya fascinación es que el objeto se destaque con relieve absoluto sobre un fondo vacío. Para Ortega, el enamoramiento es un fenómeno de la atención: “atención anómalamente detenida en otra persona”. Algo parecido expresa el verso de Neruda: "a nadie te pareces desde que yo te amo" [↑](#footnote-ref-2)
3. También en Lucas se nos dice que hay más alegría en el cielo por un solo pecador arrepentido que por noventa y nueve justos. [↑](#footnote-ref-3)